

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA

COLECCION DE FOLKLORE

BUENOS AIRES

137

S A E N Z P E Ñ A

Maestro D. MORINELLI

Escuela N° 66

Fojas

7

OBSERVACIONES

Escuela N° 66
Saenz Peña F.C.P
Buenos Aires

Adivanzas.



Juan Campesero
Compro una capa rosada
Y un sombrero negro. (La cebolla)

Chiquitín, chiquitín,
Como un granito de azúcar
Todo el mundo lo (adivanzas) (andaris)
Y nunca lo adivanzas. (Chispa de fuego)

Una yeguita mora
Con una riendita en la cola (La aguja
con hilo)

Alta como torre
Nada que no se veje.
(Altamira)

En los comederos se sacan
Y en los sombreros se ven. (Las copas)

Alto, como pino,
No heca ni un comino,
Pino no es.
Adivina lo que es (El humo)

Oro no es,
Plata no es,
Abri las cortinas
Y veras lo que es. (El platano)

Ancho y cola
Portacho en la cola.
(El mataco)

Anecdota

En ocasión en que el ex-ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. José M. Ramos Mejía invirtió una cierta cantidad de dinero para la creación de escuelas, sin autorización del Poder Legislativo; se produjeron comentarios alrededor de este asunto, los cuales llegados a oídos del mismo, le hizo exclamar: Yo he autorizado la creación de escuelas - ¡Que las cierren si se atreven! X

Un habitante de la provincia de Bs. Aires refería en cierta ocasión; que el "sapo" cuando se ve atacado por una víbora; se defiende, rodeándose de un círculo de "salas" que él, regrega y el cual no se atreve a franquear el reptil, terminando a veces por matarse.

También he oído referir a un campesino, que la "Buzina" y el "Carancho" que devoran cuanto víbora y culebra hallan en los campos; las toman entre sus uñas y remontándose a una cierta altura las dejan caer repitiendo esta operación hasta matarlos.

He observado que el pájaro carpintero que vive en los bosques de nuestro país y que construye su nido taladrando con su pico los troncos de árboles de madera blanda y seca; después de dar unos golpes con su pico, observa del lado opuesto del tronco, con el fin de..... ver si ha perforado..... acaso?





Creencias.

- 1) - Los creencia entre los pobladores de nuestras Pampas, que el "Cormero" pájaro muy conocido; en los días festivos no trabaja en la construcción de su nido..... imitando tal vez el descanso del hombre?
- 2) - Al hombre de nuestros campos en contacto permanente con la Naturaleza, ha legado a la posteridad leyendas fantásticas las más como la del: "Cardenal y el Chingolo".
Refiere que ambos seres pretendían el corazón de una dama, lo que motivó un duelo a "espada" entre ambos; al final del lance el cardenal resultó con una herida en la calcaza: de aquí el rojo de su copete. El valiente chingolo fue' condenada a presidio, pero logró fugarse andando a los saltos, simulando llevar los grillos a sus pie'.

La primera escuela

de Pastor S. Obligado.

En sus "Tradiciones Argentinas" nos pinta lo que era una escuela de Bs. Aires, en el año 1840.

En la calle Representantes (hoy Perú) y en la casa que lleva el número 463, habían establecido tres damas (Las hermanas Margarita, Inés y Eulogia Podriguez) una escuela mixta en la que enseñaban a leer y escribir con cartillas, pizarras y papel pintado hasta llegar al "Amigo de los niños".

En Aritmética, las cuatro reglas bien aprendidas marcaban el límite sumo. Más tarde hubo clases de Gramática, dibujo de ojos, narices y orejas y solfeo que se miraban como asignaturas de adorno.

En esta escuela no se usaban procedimientos de rigor; pero en otras aún regía el cruel oforismo



“La letra con sangre entra” estando a la orden del día la palmeta con agujeros para los revoltosos, la cabeza de asno y el cuerucucho de cartón para los holgazanes, y la lengua de layeta colorada para las niñas habladoras. La enseñanza primaria se daba en cualquier parte y de cualquier modo; pero lo cierto es que los muchachos aprendían y no pocos de ellos conseguían más tarde ser hombres ilustres que ponían a gran altura el nombre de su patria.

El maestro de escuela.

de “La Prensa” por “Ada M. Ulflein”

Durante la presidencia de don Domingo F. Sarmiento, los hombres y mujeres valerosos abandonaron la vida agradable y cómoda de las ciudades para dedicarse a combatir la ignorancia en la campaña.

Entre las escuelas que se crearon, una situada en el Sur de Buenos Aires, fue dirigida o encargada su dirección a un joven porteño, Eduardo Garza, que tomó su cargo lleno de ánimo y buena voluntad. Estaba orgulloso de su misión, la cual consideraba con razón como muy elevada y noble.

Pronto se granjearía las simpatías de los campesinos; los niños acudirían gustosos a la escuela, la que pronto sería un modelo de su género...

Esto pensaba y soñaba Eduardo, sentado en la galera que, arrastrada por seis caballos blancos, rodaba dando tumbos y saltos por la llanura sin fin.

Llegado al pueblo, después de un largo viaje en ferrocarril y en diligencia, se vio rodeado por un grupo de paisanos. Preguntó por el juez de paz que debía esperarlo. El juez estaba en una estancia cercana, le constataron, pero debía volver pronto.



Entretanto, Eduardo capero en la pulpería, blanco de las miradas de los paisanos, que le examinaban con curiosidad no exenta de burla.

— ¿No sea de ser el maestro? preguntó un mozo guapo, pero con aire de petulancia.

— Sí, yo soy el maestro.

El otro dijo algo que Eduardo no entendió, pero que hizo saltar la carejada a los demás. El maestro se sintió penosamente impresionado, pues comprendía que se reían de él. Felizmente en este instante llegó el juez de Paz, saludó cordialmente a Eduardo, disculpándose de haber tardado y le invitó a acompañarlo a su casa. En el camino, pasaron delante de un rancho viejo, desvañado y triste.

— Esa es la escuela, — dijo el juez de Paz. Eduardo no podía haber esperado otra cosa; pero al verla tan oscura y silenciosa, experimentó un sentimiento de melancolía.....

Pronto, muy pronto, el maestro se dió cuenta de su tarea, que era mucho más difícil de lo que había imaginado.

Los paisanos se cuidaban muy poco de la ley de instrucción obligatoria y no se preocupaban de enviar a sus hijos a la escuela, a la que miraban con cierta burlona superioridad. El día que se abrió, de treinta niños que debieron haber concurrido, sólo doce se presentaron; doce chicos de entre seis y catorce años, sin la más remota idea de disciplina y que no comprendían por qué se les obligaba a estar sentados quietos durante tantas horas al día. Todo en la escuela les parecía ridículo, y más que nada el maestro, con su manera de hablar tan distinta de todo lo que ellos estaban acostumbrados a oír.



Eduardo no se animaba a tratarlo con reverencia, porque quería que los niños tomaren cariño a la escuela e indujeran a los demás a venir también.

Un día un chico se insolentó y hubo de aplicarle una corrección; el muchacho escapó llorando y fué a llevar la queja a su padre, éste que, a pesar de no escatimar los azotes a sus hijos, se indignó al saber que el maestro había castigado a uno de ellos y acudió furioso a la escuela, para reclamar, declarando que iría a ver al juez de paz. Por la tarde, el juez se apeó en la puerta de la escuela. Era un hombre benévolo, habituado a la vida de campo, gran conocedor de sus gauchos y que tenía sobre ellos mucha influencia. Estimaba y quería a Eduardo, cuyos esfuerzos sabía valorar.

- ¿Cómo es eso, amigo? He venido con quejas de Ud.

Eduardo le refirió el hecho tal como había ocurrido.

- ¿Qué hará usted en mi lugar? preguntó después.

- ¿Yo? El juez se rió - Creo que no habría temido la presencia de usted, y en vez de contentarme con acudir al chico, le habría aplicado algunos rebuencos bien dados..... Pero eso, naturalmente, usted no puede ni debe hacerlo. He hablado con el padre y le he explicado que su hijo es un pilludo insolente, que me pega una paliza cuando menor al día y que Ud, al castigarle tan reverente, se ha mostrado demasiado benévolo. Le fué rezongando, pero la cosa no paró ahí; me ha prometido que volverá a mandar al muchacho a la escuela. Creo que éste será ahora un poco más respetuoso. Así sucedió en efecto. El chico volvió con cara losca, pero sin atreverse a discutir, pues el juez le había atajado en el camino, diciéndole que si volvía a faltar al respeto al señor maestro tendría que habérselas con él. Los demás niños, viendo que su compañero se había llevado la peor parte en la contienda

y que el mismo señor juez de paz le había amonestado, se mantuvieron quietos también. La disciplina comenzó a afianzarse; acudieron más alumnos, y la escuela empezó a funcionar con regularidad.

Guorinelli

